AÑO IX 15 DE SETIEMBRE 1880 N.° 4

REVISTA ESPIRITISTA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS SICOLÓGICOS

RESÚMEN—No son los conservadores, son..... los jesuitas—¡Qué buena es la humanidad—De las condiciones que deba reunir la mujer—Poesía.

No son los Conservadores, son.... los Jesuitas

Los hijos de Loyola no olvidan, ni perdonan jamás, la ofensa que reciben.

Sin causarnos extrañesa leimos en la «Revista de Estudios Psicológicos,» de Barcelona, el suelto que á continuacion trascribimos:

«Leemos en la Gaceta de Cataluña lo siguiente: El Tribunal de imprenta por sentencia dada el 5 del actual, ha condenado á seis meses de suspension á la Revista Espiritista que con el título «El Buen Sentido» se publica en Lérida.

Sentimos el percance, quedando demostrado que en la España Conservadora ni el buen sentido se salva.»

«La Gaceta de Cataluña» culpa al partido político *Conservador* de ser causa de la suspension de «El Buen Sentido,» en atencion quizá á que ese partido ó fraccion político-retrógrada formuló é hizo la ley de imprenta vigente hoy en España; pero nosotros no podemos ni debemos ver bajo el prisma político esa cuestion, la vemos, sí, bajo su genuino punto de vista que no es otro sino que los jesuitas, con esa suspension comienzan á gustar *el néctar de los dioses*; principian á vengarse de las publicaciones, «Roma y el Evangelio,» «Nicodemo,» y de las verdades que «El Buen Sentido» vertió y vierte en la continua lucha que sostiene con el fanatismo y la ignorancia, y con la explotacion de cosas que, *si se creen*, deberian ser respetadas....

Nuestro querido hermano D. José Amigó y Pellicer, dirigiendo esa hoja periódica; contra los mercaderes del templo empleaba el látigo de la verdad apoyada en la ciencia, en el sentimiento, y la razon; y el jesuitismo le privó ó procuró privarle del necesario pan de cada dia, alcanzando que cesara de ocupar el digno puesto de profesor de la Escuela Normal, en la provincia de Lérida.

Sin embargo, siguió Amigó su progresista y benéfica tarea; continuó combatiendo los errores que predica y sostiene con afan constante el romanismo, y.... hoy le suspenden por seis meses la publicacion del periódico á instigacion quizá, y sin quizá, de alguno qué, con el trabuco en la diestra y un crucifijo en la siniestra, esterilizó el suelo catalan y á balazos pretendia hacer prosélitos de la religion cuyo fundador dijo: «Quien á hierro mate á hierro morirá.»

Francia arroja de su fértil suelo á las congregaciones religioso - jesuíticas: hasta *ayer*, rémoras constantes del progreso humano, y trasformadas *hoy* en el Atila del siglo XIX, amenaza invadir toda la tierra.

El feroz jefe de los Hunnos, denominado: Azote de Dios, destruia ciudades, pueblos, villas y caserios; do quiera que su caballo ponia los cascos, allí la aridéz, la esterilidad lucia.

El Atila del siglo del vapor, del telégrafo, del raciocinio y libertad de la conciencia humana, sin duda alguna lo es el jesuitismo sosteniendo el *Syllabus*, la infalibilidad Papal, los absurdos y explotados milagros de vírgenes que siempre se manifiestan.... á pastores, y do quiera impere el jesuitismo la razon humana dá un grave paso hácia la barbarie y la ignorancia de los siglos que no deben volver.

Hácia esa luctuosa época en la cual el hombre era tan esclavo, cuanto que no podia pensar más de aquello que Roma ó sus secuaces le ordenaban, que no podia creer más de aquello que le imponian creyera con fé ciega: con ese absurdo sacrílego y blasfemo, desde que sacrilegio y blasfemia son los artículos de fé que hacen del Creador Supremo un ente torpe, inepto é ignorante del *despues de su obra*, y más cruel y criminal que la generalidad de los hombres, porque éstos aman y con esmero cuidan libertar á sus hijos de todo peligro ó mal, y el Dios del jesuitismo crea séres predestinados á un tormento eterno en los infiernos, gozándose en crear para atormentar aquello mismo que creó!!...

La historia del progreso humano nos demuestra claramente, que, cuando una institucion debe cesar porque no llena ya las necesidades del siglo, ni coadyuva al incesante adelanto del hombre; los mismos miembros de la institucion con lo absurdo y ciego de sus obras, cavan la fosa donde por ley divina é inmutable debe sepultarse para que en la institucion se cumpla la ley de trasformacion disgregándose los átomos que la componian, y que al disgregarse progresen dando vida á otra institucion más progresista, y por ende absolutamente necesaria.

Como espiritistas, esa creencia es y debe ser siempre la norma ó base de todos nuestros actos: luchemos de contínuo para que pronto, muy pronto baje al sepulcro del olvido el cadáver del hoy ya moribundo jesuitismo. Al luchar no olvidemos la máxima del Cristo; recordando á toda hora y por todo caso en el cual los jesuitas olviden ó rechacen la ley de *Amor*: que todo aquél que hace una víctima de su hermano ó semejante, con su obra antifraterna, crea al verdugo que más ó ménos tarde irremisiblemente le inmolará.

Perdonemos, compadeciendo al hombre desgraciado, que, por gozar un instante el néctar de los dioses de la fábula, se labra un lapso de tiempo de dolores é infortunios.

Sigamos sin temor la senda que en la tierra abrieron los Mesias de la humanidad: procuremos con afan constante que la libertad de la conciencia sea un hecho práctico entre los hombres, que todos y cada uno se amen mútua y desinteresadamente. Demos contínuo y buen ejemplo y con ello apresuraremos la hora en la cual el Espiritismo racional-científico-cristiano, sea el lazo indisoluble y haga de la terrena humanidad un sólo sér, que, amando y aprendiendo, hácia Dios camine por la Caridad y por la ciencia.

Espiritistas, copiemos á Ciceron, prefiramos estar enojados con el error, con la hipocresía, con el fanatismo, expuestos al rencor, al odio y las venganzas, ántes, mucho ántes que enojado por nuestros pensamientos, actos y deseos se mostrare nuestro único juez, nuestra conciencia.

Y, si el jesuitismo tiene por norma única y constante: El fin justifica los medios, sea nuestro norte, nuestra guia, el amor sincero y fraternal.

Amemos, compadeciendo y perdonando á los desgraciados semejantes nues-

tros que viven y alientan entre las tinieblas del error, y la ignorancia que explotan y sostienen. *Llenemos nuestro deber, suceda lo que quiera.*

J. de E.

Qué buena es la humanidad

«*¡Tierra! ¡tierra! ¡nido de víboras!*»

«*¡Hombres! ¡hombres! ! raza de cocodrilos!*»

¡Siempre sois los mismos! para vosotros no transcurre el tiempo! Progresais mucho intelectualmente, pero moralmente sois los miserables de los siglos.

¿Qué importa que haya honrosísimas excepciones, si la generalidad, si la totalidad de los terrenales no tienen corazon? Y no existe esa indiferencia en las clases desheredadas únicamente, nó. No son los mal educados, los ignorantes los que revelan poca sensibilidad.

Son los hombres cultos, son las mujeres distinguidas. Una prueba de esto la hemos tenido últimamente en Madrid. Escuchemos lo que dice un Revistero de la córte.

«Antes de darse el anunciado concierto, poco ántes de que raudales de armonía llenaran el espacio del teatro y circo de Rivas, se representó en este lugar una horrible tragedia que habrá llegado á conocimiento de mis queridos lectores.

«Un pobre hombre, descalzo, penetra en el teatro por una ventana trasera, se arroja sobre unos telones, encuentra un hacha que servia al portero para cortar leña, derriba una puerta, y blandiendo el arma terrible, y á los gritos de; *Soy el vengador de la sociedad*, se precipita en el escenario. La mujer del portero huye aterrorizada, fórmase un grupo junto á la puerta del teatro: el siniestro asesino continúa blandiendo el hacha y retando á todo el mundo: los agentes del órden público vacilan: el portero de una casa inmediata se dirige al taller de carpintería con ánimo de sujetar á aquel hombre furioso, y éste de un hachazo en la nuca le derriba y repite los golpes hasta nueve veces. Por último se presenta un oficial del ejército seguido de cuatro soldados y un cabo, procedente de la guardia del ministerio de la Guerra: el desconocido arroja un banco de carpintero y parapetándose con él hace una desesperada resistencia: arroja luego puñados de aserrin y tierra sobre los soldados, el oficial le intima rendicion: todo inútil, se disparan algunos tiros al aire para amedrentarle tambien inútilmente, se repite la órden de fuego, y por último una bala, penetrándole por la sien izquierda le ocasionó una muerte instantánea.»

«¿No es tan extraño como pavoroso este acontecimiento?

«Todo el mundo se pregunta acerca de cuáles podian ser los móviles que impulsaron á este asesino, y nadie acierta á explicárselo. Es un loco, dice el público, y en efecto sólo un loco es capaz de un acto semejante.»

«¿Quién era este hombre? Por un documento que se encontró en el cadáver vínose en conocimiento de que se llamaba José Trabal y Brunet, procedía de Zaragoza y habia desempeñado un cargo en la administracion de consumos. Vestia con aseo, americana, chaleco, pantalon y faja oscuros; era de regular estatura, bien desarrollado, moreno y llevaba barba afeitada.»

«Se ha sabido luego que en Zaragoza era muy conocido por su honradez y laboriosidad, lo mismo que por sus extravagancias. Habíase aficionado á la lectura del Koran, y soñaba constantemente con las huries y todas las maravillas orientales que excitan la imaginacion

de los hijos del Profeta. Decidido á gozar de una vida futura tan exuberante de deleites, lo más pronto posible, un dia se colocó en medio de una hoguera circular para morir abrasado: pero desistió de ser víctima de ese auto de fé voluntario, por haber visto, segun decia, un diablo que queria apoderarse de su Espíritu. Ultimamente habia escrito un drama y se mostraba irritado porque no se lo ponian en escena. Tales son los antecedentes de este hombre singular que proporcionó á Madrid un dia de espanto.»

«Tal vez su locura mahometana y su despecho de autor dramático menospreciado, acabaron de exacerbar sus instintos, arrastrándole á cometer su última desgraciada aventura en las dependencias de un teatro: ¿Quién es capaz de penetrar en el fondo de una imaginacion extraviada?»

«Aún humea la sangre del matador y de la pobre víctima, y ante una numerosa concurrencia se dió el anunciado concierto. Así es el mundo.

«Estaba loco el asesino en el Teatro y circo del Príncipe Alfonso? ¿Qué explicion puede darse al terrible drama que allí se desarrolló en pocos minutos? No se sabe: todo permanece oculto bajo el negro velo del más profundo misterio. Lo único que consta es que pocos momentos despues del sangriento acontecimiento que arrebató la vida á dos séres humanos, cuando los cadáveres de estos, casi, todavia y anegados en su humeante sangre yacian en el escenario; un poco más acá, separada por el ténue tabique de un telon, desde donde debian oirse los desgarradores lamentos de la infeliz esposa que acababa de perder á su marido y padre de sus desgraciados hijos, una multitud *sensible* y amante del arte, dulcificaba con las delicias de un concierto la impresion que el relato del suceso la ocasionara.»

«¿Cuántas de aquellas elegantes señoras, impasibles ante la proximidad del lugar del crímen, se hubieran desmayado si hubiese saltado un raton de debajo de su asiento.»

Es cierto, muy cierto: la humanidad suele asustarse de una cosa pueril, y quedar impávida ante un drama horrible.

Es necesario fijarse un poco para apreciar en todo su valor la tragedia ocurrida en el Circo de Rivas, y la indiferencia incalificable de la inmensa multitud que llenaba el Coliseo.

Un pobre loco, un espíritu extraviado, un criminal del momento, habia dado muerte á un padre de familia, habia dejado sin amparo á una infeliz mujer y á sus desgraciados hijos, y ante dolores tan crueles, ante sufrimientos tan horrorosos, ante infortunio tan trascendental ni una lágrima, ni una plegaria, ni un recuerdo le ha dedicado aquella fraccion de la humanidad civilizada que se deleitó escuchando las sublimes armonías de los autores clásicos.

Bien dijo un viajero inglés, que despues de recorrer un inmenso desierto entró en tierra cultivada, y encontró á la orilla del camino dos altos palos con un travesaño en las puntas, y del cual pendia del cadáver de un hombre: al verle el caminante exclamó con irónica satisfaccion:

«Gracias á Dios que ya estoy en un pais civilizado!»

«Cuánta razon tenia el hijo de la soberbia Albion! las señales del exterminio son aún las pruebas de la civilizacion terrenal!

Y aún se quejan los filósofos porque adelantamos poco..... ¿Y qué hemos de adelantar? ¿Qué se puede esperar de una sociedad que junto á los cadáveres de

dos desgraciados se rie y se divierte? Todo lo malo se puede esperar de ella, y si no es criminal es porque todo le sonrie, que si tuviera hambre y sed, quién sabe de lo que seria capaz!

Entristece, causa pena, y el rubor de la vergüenza colorea nuestras mejillas cuando consideramos á la humanidad terrenal.

Cuando leemos su historia decimos lo que decia una amiga nuestra, que al escuchar la lectura de la «Historia Universal», siempre se levantaba yéndose á otro aposento, y una noche le dijo el esposo:

—Qué poco amiga eres de instruirte, mujer, siempre te vás cuando me pongo á leer, y es muy útil saber la historia.»

—Ya la tengo yo bien aprendida, replicó ella sonriendo con tristeza, la historia de la humanidad es MATAR, ó MORIR, y prefiero velar el sueño de mis hijos y no enterarme de tantos horrores.»

Es verdad, el intento de los terrenales es cruel.

Ayer se entusiasmaban con las sangrientas guerras!

Se deleitaban con los autos de Fé!

Hoy corren para no perder un sólo detalle de la ejecucion de un criminal, y una multitud elegante se entrega á las delicias de la música junto á dos cadáveres tivios todavia! ¡Misterios del destino! dos hombres casi desconocidos y muertos violentamente, han tenido unos funerales especiales. No se pueden quejar desde que lo mejor de la sociedad madrileña ha asistido á la audicion de su Misa de Requien....

¡Pobre planeta Tierra!... cuántos millones de siglos te restan de servidumbre! ¡Qué poco valen aún tus hijos!

La luz se derrama á torrentes! las escuelas filosóficas ofrecen generosamente los tesoros de su sabiduria, la Caridad trata de dispertar el sentimiento, y, á viva fuerza, porque no digan unos ú otros los hombres llevan á cabo algunas acciones dignas y buenas, pero las demostraciones provocadas por las exigencias sociales no tienen el mérito de la expontaneidad.

El sentimiento, el amor, la compasion se ha de dar á conocer en arranques expontáneos, cuando nadie nos obliga, cuando somos dueños de nuestras acciones cuando de nuestros hechos sólo puede pedirnos cuenta Dios. Entónces es cuando la humanidad nos presenta su carácter, y entónces casi siempre demuestra la raza humana su pequeñez microscópica.

Nosótros no calificamos de generoso á un hombre porque dé mil duros si se los piden: conocemos lo que vale, si le vemos dar de *motu propio* un escudo á un pobre. Del mismo modo hemos juzgado á la multitud que se quedó tranquilamente en el Circo de Rivas escuchando el concierto, cuando hasta ella llegaba el olor de la sangre, y los gemidos de la viuda y los huérfanos.

Nadie les obligó á quedarse, ellos por su gusto demostraron no tener sensibilidad, que su corazon era de granito, y que este egoismo es la pasion dominante de la humanidad.

Esto es muy triste, pero es muy cierto, los espíritus encarnados en la tierra son por lo general de malos instintos, y es necesario que la raza humana progrese, es preciso hacerle comprender que vá por muy mal camino, y que nada vale la ciencia si falta la Caridad.

¡Qué nada son las religiones, si los hombres no tienen religion!

Qué nadá importa que los sábios busquen en los mares polares el paso del Noro-este, y que se haya encontra-

do despues de 326 años de vanas exploraciones si no se ha podido encontrar aún, el *paso* del sentimiento y de la compasion en el endurecido corazon humano.

¡Humanidad terrena! despierta de tu sueño, educa y desarrolla tu sensibilidad, dulcifica tus condiciones, aprende á compadecer, mira que si siembras indiferencia recogerás frio olvido.

No creas que tu familia se compone solamente de tus deudos y allegados, es más numerosa, es más dilatada; todos los hombres son hermanos y no debemos mirar con indiferencia las desgracias agenas.

Principie la Era de Regeneracion, comience la época del arrepentimiento, estudien los hombres de dónde vienen, en dónde están, y adonde irán, y al dedicarse á tan útil como necesario estudio estamos persuadidos de que no tendremos que decir mañana lo que decimos hoy con dolorosa ironia.

¡Qué buena! ¡qué buena es la humanidad!

Gracia—*Amalia Domingo y Soler.*

De las condiciones que debe reunir la mujer

Siendo la mujer una de las primeras figuras de la humanidad, (1) debe reunir en sí tales condiciones de perfeccion, que no deje nada que desear á todos cuantos fijen en ella su mirada.

Segun el cargo que se nos confia, ha de ser tambien el celo en el cumplimiento de nuestro deber, y como quiera que la mujer está llamada á desempeñar el delicadísimo cargo de esposa y madre, y aún cuando no llegue á ese estado, su mision es siempre la de consolar, no sólo al hombre, sino á cuantos se hallen á su rededor; debe poseer ademas de esa vasta instruccion por la que tanto clamamos, una elevada educacion moral que junto con la ciencia que pueda adquirir, hagan de ella un modelo de virtudes, y un ángel de bondad, dispuesta siempre al sacrificio por cualquiera de sus semejantes.

Una mujer instruida, sin ese sentimiento purísimo que la engrandece, es una flor sin aroma que en el primer momento atrae por su belleza, pero pasado éste, como nada nos hace sentir, nos separamos de ella yéndonos en busca de aquellas que despiden un grato aroma; pero, la que falta de instruccion, posee, sin embargo, la modestia y la dulzura, es un diamanteen bruto que, á pesar de todo, es preferible á la primera, por ser más fácil dar á ésta el desarrollo intelectual, que inculcar el sentimiento moral en la otra; pues la primera siempre suele enorgullecerse con su talento, acabando por creerse una profesora en ciencias; y la segunda, dócil y cariñosa, escucha los consejos saludables de aquellos que la quieren bien, pudiendo hacer de ella una verdadera mujer.

Esto no obstante, siempre nos será más agradable ver á la mujer dotada de esas preciosas cualidades que constituyen su principal belleza, como son: un extenso conocimiento de todo lo que pueda reportar un bien; una educacion que la enseñe á ser sencilla, prudente, previsora y amable, creándose así las simpatías de cuantos la traten. La mujer que reuna esas condiciones, puede

---

(1) Una de las primeras figuras de la humanidad, dice nuestra querida hermana que es la mujer, y en verdad que yerra desde que en la terrena humanidad no hay encarnacion alguna que igualarse pueda á la de una madre de familia: la mujer es la primer figura que existe en el planeta.

J. de E.

decirse que es un hermoso diamante digno de apreciarse en su verdadero valor, ó una flor cuyo aroma, embalsamando el ambiente, hace al hombre más grata la estancia en este valle de lágrimas.

¡Cuántas veces vemos algunas familias, tanto en la clase elevada como en la de más baja esfera, donde sólo reina el despotismo, la ambicion, el amor es un mito, y el sentimiento un grano de arena perdido en la inmensidad!....

Y cuando vemos entre esos séres á la mujer, esa figura angelical que debe anidar un manantial de amor y el más puro sentimiento, cuando se la vé, repito, ora faltando al respeto de sus padres, ora no cumpliendo con su deber de esposa, dejando en completo abandono la educacion de sus hijos ó consintiéndoles, lo que algunos dan en llamar gracias ó cosas naturales en los niños, pero que en realidad no son sino malas costumbres que van degenerando en vicio por la tolerancia casi criminal de las madres, sentimos frio en el alma, porque en tantos siglos de existencia que llevan las humanidades, aún no han llegado la mujer á comprender todo lo necesario para llenar el cumplimiento de su deber.

Nos quejamos de que el hombre descuida á la mujer en su desarrollo intelectual y que no la respete cual se merece; esto es cierto; pero tambien es preciso que seamos imparciales no inclinando la balanza de la justicia á nuestro favor, porque si el hombre falta en ese sentido, tambien hay muchas mujeres indolentes para toda clase de trabajos y altivas en demasia, y con éstas condiciones, la mujer se sale de su centro: porque ni el orgullo ni el abandono son los medios más apropósito para atraerse al hombre ni proporciona la continua tranquilidad del hogar doméstico.

La mujer, debe comprender que viene á cumplir una mision sagradísima y que ha de ser siempre la que, con su carácter dulce y resignado, neutralice las amarguras de la vida; la que, superando al hombre en nobleza, le haga comprender lo que vale una mujer instruida, prudente, cariñosa; la que, dispuesta al sacrificio, sepa ocultar la tristeza que puedan ocasionarle esa multitud de pequeñeces que con tanta frecuencia nos rodean, y que al demostrarlas al hombre, sólo sirvan para crear una atmósfera pesada que hace la vida insoportable; y la que, con exquisito tacto sepa convertir, su casa en un pequeño paraiso, ora conteniendo con su amor la desordenada conducta del hombre en cualquier estado que se halle, ora sobrellevando con paciencia la miseria sin echarle en cara faltas sino poniendo de su parte todos los medios que estén á su alcance para evitar la discordia y que sólo reine la más completa armonía, pudiendo, de este modo, convertir la altivez del hombre en la docilidad de un niño, pues no hay hombre por criminal que sea, que no ceda ante la pura sonrisa de una mujer.

Quizá haya algunas que al leer éstas líneas, exclamen: «Si la mujer ha de ceder siempre, jamás dejará de ser la esclava del hombre, y de este modo nunca recobraremos esa libertad que tanto ansiamos».

A esto las diremos que el sentimientimiento, la mansedumbre y el cariño, son la única base creadora de esa libertad querida: que siempre que la mujer reuna estas condiciones, podrá elevarse á su verdadero estado siendo amada y respetada del hombre, porque ante la dignidad de aquélla éste sellará susl á-

bios á la maledicencia y sólo los abrirá para bendecirla.

¿Yá qué más libertad puede aspirar la mujer que ser querida y respetada del hombre?

¿Cree acaso la mujer que su libertad consiste en dirigirse por sí y ante sí, sin que el hombre tenga derecho á reprenderla en lo más mínimo?....

No lo creemos así, porque la mujer necesita al hombre como á su principal apoyo en la tierra, y el hombre á la mujer como á su único consuelo; por lo tanto ninguno de los dos se debe esclavizar, ¡sino estudiarse mútuamente para comprenderse mejor y atenuar un tanto sus defectos.

No queremos á la mujer, víctima del despotismo del hombre, no; ni tampoco que ella le domine por mucho talento que posea; queremos que sea su amiga íntima, y que sepa captarse su confianza dejándose llevar de sus consejos si tuviere ménos inteligencia que él, ó guiándolo con cariño si tuviere más; pero sin enorgullecerse de ello, porque enseñar á quien no sabe, es uná obra meritoria para Dios, y de grande utilidad para nosotros, desde que harto trabajo tiene aquél que por su escasa inteligencia se expone á cada instante á cometer mil absurdos.

La mujer, generalmente es dócil; pero muchas veces dejándose llevar de su candidez, dá lugar á que el hombre, la mire con indiferencia ó que abuse de ella, mas si se toma el trabajo de ser pensadora, será respetada; puesto que en nuestros dias, existen mujeres que á más de una esmerada educacion poseen las más relevantes condiciones, siendo la admiracion de cuantos las conocen.

La verdadera mujer, es el oásis de la vida y el lenitivo de cuantos dolores existen, ella sostiene al anciano cuando los años le hacen vacilar; ella sufre con paciencia los caprichos de sus hermanitos; ella calma con sus consejos la afliccion del amigo, teniendo siempre una tierna mirada de amor para su esposo y una dulce sonrisa para sus hijos; activa discreta y complaciente, es el astro purísimo del hogar donde todos la bendicen, porque es un libro abierto en el cual el niño aprende, el hombre reflecxiona y el sabio analiza.

Así, pues, aconsejamos á la mujer ser reflexiva, ¡prudente y estudiosa, por que ante estas condiciones está la luz del alma, el desarrollo moral é intelectual y el progreso indefinido de las humanidades.

Gracia—*Cándida Sanz.*

(De la «Revista de Estudios Psicológicos»—Barcelona.)

A la memoria de nuestro querido maestro Allan Kardec

SONETO

¡Salud á tí, Kardec! Agradecido
Pueda llegar á tí mi ardiente aliento
Para expresarte, con sentido acento,
Lo mucho que entus obras he aprendido.
Tú fuistes *encarnacion del Buen Sentido:*
Abrahan de un pueblo de creer sediento:
Filósofo que vió, con su talento,
De la Fé y la Razon el lazo unido.
Ya que en la guerra fuiste nuestro guia,
Dirige desde el Eter la campaña
Que riña Espiritismo en este dia
Contra la Incredulidad que tanto daña.
La España Espiritista en tí confia,
Confia tú en la Espiritista España.

Juan María y Contreras.

Cádiz, 18 de Marzo de 1880.
